

Lavar sin detergente

Dura mil lavados. Libre de químicos, sus cuatro cerámicas naturales lo dotan de capacidad limpiadora gracias a la producción de iones negativos y radiación

Clara Navío ● MADRID

Periodicamente sale al mercado un producto que propone cambios más o menos radicales en las tareas cotidianas. Si afectan al medio ambiente, nos interesan. Y si es algo que se hace en todos los hogares como lavar la ropa, no digamos. Así que, ver en un comercio una Eco Bola de lavar, «la revolución en el lavado, lavar sin detergente» y decirnos «esto hay que verlo» es todo uno.

La Eco Bola es eso: una bola que se introduce en el tambor de la lavadora con la ropa y es capaz de limpiarla sin detergente. Lo explica Juan Andrés Fernández, gerente del Grupo Irisana, empresa que la importa de Corea: «No es un producto mágico, sino el resultado de un profundo desarrollo científico y tecnológico. En su interior lleva cuatro cerámicas naturales que producen iones negativos y radiación infrarroja, éstos transforman la estructura molecular del agua, lo que desencadena los procesos biomecánicos y bioeléctricos que le dan capacidad limpiadora. La misma acción y efectos que los detergentes, pero sin agentes químicos». Las cerámicas tienen esta propiedad porque, según Fernández, «han sido sometidas a tratamientos térmicos, primero al incorporar a un núcleo cada una de las cuatro capas que las componen hasta llegar a 1.600°, y luego pasándolas a una balsa de agua a 0°. Así se forman millones de fisuras que permiten el contacto del agua con cada cerámica, cada una con una capacidad como la de emitir infrarrojos, producir el intercambio iónico, etcétera, y que se desencadenen los procesos citados».

Al contacto de la Eco Bola con el agua, durante un remojo de unos 40 minutos, ésta se activa y «actúa contra la suciedad, que tiene una carga positiva determinada, con ese intercambio iónico se produce la limpieza. Lo mismo que hacen los detergentes. Porque hay que decir que en el lavado convencional lo que limpia no son los detergentes sino el agua activada con los productos químicos que contienen». Por ello Fernández insiste en que la Eco Bola «no limpia más, limpia lo mismo».

Desde el punto de vista am-



«El producto no produce problemas dermatológicos», según la empresa que lo importa de Corea

biental, sus características más destacables para Fernández son que permite ahorrar el agua de los aclarados «incluso se puede prescindir de ellos, porque son para eliminar los restos de detergente en la ropa» y que evita el vertido a las aguas residuales de «los fosfatos y otros agentes químicos de los detergentes y suavizantes, altamente contaminantes. Un dato: una familia media vierte, sólo lavando la ropa, 50 kilos de agentes contaminantes al año».

Otras de sus características son que «no produce problemas dermatológicos o alergias, por lo que es ideal para lencería o ropa de bebés, a la vez que protege los

tejidos e impide su decoloración y dura tres años o 1.000 lavados».

Fernández comprende que la Eco Bola despierte tanto curiosidad como incredulidad, «como si hace 30 años nos dicen que podríamos calentar el café sin llamas, y ahí están los microondas».

Es «como si hace 30 años nos dicen que podríamos calentar el café sin llamas, y ahí están los microondas»,



A él le pasó lo mismo: «La conocí hace un par de años por una sociedad coreana que investiga y desarrolla aplicaciones de iones negativos y rayos infrarrojos para los que han desarrollado múltiples usos. La probamos los 15 que trabajamos en la empresa y, sorprendidos, vimos que funcionaba. Nosotros mismos no nos lo creíamos».

Ahora tiene la exclusiva de su importación para España, Portugal y América Latina, no hace publicidad y «se comercializa exclusivamente en establecimientos tradicionales, no en grandes superficies, porque hay que explicársela al cliente».

www.irisana.com

Antonio Pérez Henares



LA MIRADA DEL LABRADOR

Justo a tiempo vino el agua y ahora los campos de pan son un inmenso mar de mieses verdes

Desfallecían ya las cebadas y renunciaban a nacer los trigos cuando llegaron las lluvias. Una semana más y no hubiera habido remedio. Justo a tiempo vino el agua y ahora los campos de pan son un inmenso mar de mieses verdes mecido por vientos húmedos que huelen a vida nueva. Las Castillas, Aragón, Extremadura, Andalucía parecen rebelarse contra el tópico de su propio paisaje y elevan a los cielos recién lavados un grito de colores jóvenes y ansiosos. La fresca primavera brota pujante en labrantíos y en yermos, en surcos y en cunetas, en solanas y en umbrías, en lomas, valles y llanuras. La mirada del labrador, tantas veces recelosa y angustiada, se dulcifica al contemplar los campos, se serena y hasta sonríe al acunarse sobre las tierras. Más allá del cálculo sobre la cosecha, sorteando la sombra del precio del gasoil disparado o de los abonos acelerando, más en su corazón, más en su piel y en su emoción, el hombre del campo, ese desconocido y ninguneado hombre del campo, siente la honda satisfacción de las cosas que nacen y crecen por su mano. El labrador camina estos días con el orgullo de ser parte de la hermosura que lo rodea, con un viejo y hondo instinto de creador, de fecundador. Se siente a la vez hijo y padre, sirviente y amo. Y la efímera felicidad del instante. Porque el campesino sabe que no está en una postal. Que su entorno no es un cuadro ni una foto. Para él todo es preludio y preocupación por lo que venga. Cada nube, cada sol, cada viento pueden ser bendición o amenaza. ¡Queda tanto hasta el grano amarillo...! Pero hoy, ¡bendita agua!, puede al menos soñar ya con las espigas.

ÓSCAR JIMÉNEZ